

Antígona. Miradme, ciudadanos de la tierra paterna, que mi último camino recorro, que el esplendor del sol por última vez miro: ya nunca más; Hades, que todo lo adormece, viva me recibe en la playa de Aqueronte,<sup>16</sup> sin haber tenido mi parte en himeneos, sin que me haya celebrado ningún himno, a la puerta nupcial... No. -- Con Aqueronte, voy a casarme.

Corifeo. Ilustre y alabada te marchas al antro de los muertos, y no porque mortal enfermedad te haya golpeado, ni porque tu suerte haya sido morir a espada. Al contrario, por tu propia decisión, fiel a tus leyes, en vida y sola, descienes entre los muertos al Hades.

Antígona. He oído hablar de la suerte tristísima de Níobe,<sup>17</sup> la extranjera frigia, hija de Tántalo, en la cumbre del Sípilo, vencida por la piedra que allí brotó, tenazmente agarrada como hiedra. Y allí se consume, sin que nunca la dejen -- así es fama entre los hombres -- ni la lluvia ni el frío, y sus cejas, ya piedra, -- siempre destilando, humedecen sus mejillas. -- Igual, al igual que ella, me adormece a mí el destino.

Corifeo. Pero ella era una diosa, de divino linaje, y nosotros mortales y de linaje mortal. Pero, con todo, cuando estés muerta ha de oírse un gran rumor: que tú, viva y después, una vez

muerta, tuviste tu sitio entre los héroes próximos a los dioses.

Antígona. ¡Ay de mí, escarnecida! ¿Por qué, por los dioses paternos, no esperas a mi muerte y, en vida aún, me insultas?<sup>18</sup> ¡Ay, patria! ¡Ay, opulentos varones de mi patria! ¡Ay, fuentes de Díroe! ¡Ay, recinto sagrado de Tebas, rica en carros! También a vosotros, con todo, os tomo como testigos de cómo muero sin que me acompañe el duelo de mis amigos, de por qué -- leyes voy a un túmulo de piedras que me encierre, tumba hasta hoy nunca vista. Ay de mí, -- misera, que, muerta, no podré ni vivir entre los muertos; ni entre los vivos, pues, ni entre los muertos.

Corifeo. Superando a todos en valor, con creces, te acercaste sonriente hasta tocar el sitio elevado de Dike, hija. Tú cargas con la culpa de algún cargo paterno.

Antígona. Has tocado en mí un dolor que me abate: el hado de mi padre, tres veces renovado como la tierra tres veces arada; el destino de nuestro linaje todo, de los ínclitos Labdácidas. ¡Ay, ceguera del lecho de mi madre, matrimonio de mi madre desgraciada con mi padre que ella misma había parido! De tales padres yo, -- infortunada, he nacido. Y ahora voy, maldeci--



da, sin casar, a compartir en otros sitios su morada. ¡Ay, hermano, qué desgraciadas bodas obtuviste: tú, muerto, mi vida arruinaste hasta la muerte!

Corifeo. Ser piadoso es, sí, piedad, pero el poder, para quien lo tiene a su cargo, no es, en modo alguno, transgredible: tu carácter, que bien sabías, te perdió.

Antígona. Sin que nadie me llore, sin amigos, -- sin himeneo, desgraciada, me llevan por camino ineludible. Ya no podré ver, infortunada, este rostro sagrado del sol, nunca más. Y mi -- destino quedará sin llorar, sin un amigo que gima.

Creonte. (Ha salido del palacio y se encara con los esclavos que llevan a Antígona.) ¡No os -- dais cuenta de que, si la dejarais hablar, nunca cesaría en sus lamentaciones y en sus quejas? Lleváosla, pues, y cuando la hayáis cubierto en un sepulcro con bóveda, como os he dicho, dejadla sola, desvalida; si ha de morir, que muera, y, si no, que haga vida de tumba en la casa de muerte que os he dicho. Porque -- nosotros, en lo que concierne a esta joven, -- quedaremos así puros,<sup>19</sup> pero ella será así privada de vivir con los vivos.

Antígona. ¡Ay, tumba! ¡Ay, lecho nupcial! ¡Ay, -

subterránea morada que siempre más ha de guardarme! Hacia ti van mis pasos para encontrar a los míos. De ellos, cuantioso número ha acogido ya Perséfone,<sup>20</sup> todos de miserable muerte --- muertos: de ellas, la mía es la última y la -- más miserable; también yo voy allí abajo, antes de que se cumpla la vida que el destino me había concedido; con todo, me alimento en la -- esperanza, al ir, de que me quiera mi padre -- cuando llegue; sea bien recibida por ti, madre, y tú me aceptes, hermano querido. Pues -- vuestros cadáveres, yo con mi mano los lavé, -- yo los arreglé y sobre vuestras tumbas hice libaciones. En cuanto a tí, Polinices, por observar el respeto debido a tu cuerpo, he aquí lo que obtuve... Las personas prudentes no censuraron mis cuidados, no, porque, ni si hubiese tenido hijos ni si mi marido hubiera estado -- consumiéndose de muerte, nunca contra la voluntad del pueblo hubiera asumido este doloroso -- papel.

¿Qué en virtud de qué ley digo esto? Marido, muerto el uno, otro habría podido tener, y hasta un hijo del otro nacido, de haber perdido -- el mío. Pero, muertos mi padre, ya, y mi madre, en el Hades los dos, no hay hermano que pueda haber nacido. Por esta ley, hermano, te



honoré a ti más que a nadie, pero a Creonte --- esto le parece mala acción y terrible atrevimiento. Y ahora me ha cogido, así, entre sus brazos, y me lleva, sin boda, sin himeneo, sin parte haber tenido en esponsales, sin hijos -- que criar; no, que así, sin amigos que me ayuden, desgraciada, viva voy a las tumbas de los muertos: ¿por haber transgredido una ley divina?, ¿y cuál? ¿De qué puede servirme, pobre, mirar a los dioses? ¿A cuál puedo llamar que me auxilie? El caso es que mi piedad me ha -- ganado el título de impía, y si el título es -- válido para los dioses, entonces yo, que de -- ello soy tildada, reconoceré mi error; pero si son los demás que van errados, que los males -- que sufro no sean mayores que los que me imponen, contra toda justicia.

Corifeo. Los mismos vientos impulsivos dominan -- aún su alma.

Creonte. Por eso los que la llevan pagarán cara su demora.

Corifeo. Ay de mí, tus palabras me dicen que la muerte está muy cerca, sí.

Creonte. Y te aconsejo que en lo absoluto con--- fies en que para ella no se ha de cumplir esto cabalmente.

Los esclavos empujan a Antígona y ella cede, -

lentamente, mientras va hablando.

Antígona. ¡Oh tierra tebana, ciudad de mis pa--- dres! ¡Oh dioses de mi estirpe! Ya se me lle van, sin demora; miradme, ciudadanos principa les de Tebas: a mí, a la única hija de los re yes que queda;<sup>21</sup> mirad qué he de sufrir, y por obra de qué hombres. Y todo, por haber respec tado la piedad.

Salen Antígona y los que la llevan.

Coro. También Dánae<sup>22</sup> tuvo que cambiar la celeste luz por una cárcel con puerta de bronce: allí encerrada, fue uncida al yugo de un tálamo fu neral. Y sin embargo, también era -- ¡ay, Antí gona! -- hija de ilustre familia, y guardaba ade más la semilla de Zeus a ella descendida como lluvia de oro. Pero es implacable la fuerza -- del destino. Ni la felicidad, ni la guerra, -- ni una torre, ni negras naves al azote del mar sometidas, pueden eludirlo.

Fue uncido también el frascible hijo de --- Días, el rey de los edonos; por su cólera -- mordaz,<sup>23</sup> Dionisio le sometió, como en coraza, a una prisión de piedra; así va consumiéndose el terrible, desatado furor de su locura. El sí



ha conocido al dios que con su mordaz lengua - de locura había tocado, cuando quería apaci-- guar a las mujeres que el dios poseía y dete-- ner el fuego báquico; cuando irritaba a las -- Musas que se gozan en la flauta.

Junto a las oscuras Simplégades, cerca de - los dos mares, he aquí la ribera del Bósforo y la costa del tracio Salmideso,<sup>24</sup> la ciudad a -- cuyas puertas Ares vio cómo de una salvaje es- posa recibían maldita herida de ceguera los -- dos hijos de Fineo, ceguera que pide venganza en las cuencas de los ojos que manos sangrien- tas reventaron con puntas de lanzadera.

Consumiéndose, los pobres, su deplorable -- pena lloraban, ellos, los hijos de una madre -- tan mal maridada; aunque por su cuna remontara a los antiguos Erectidas,<sup>25</sup> a ella que fue cria- da en grutas apartadas, al azar de los vientos paternos, hija de un dios, Boréada, veloz como un corcel sobre escarpadas colinas, también a ella mostraron su fuerza las Moiras,<sup>26</sup> hija mía.

Ciego y muy anciano, guiado por un lazarillo, aparece, corriendo casi, Tiresias.

Tiresias. Soberanos de Tebas, aquí llegamos dos que el común camino mirábamos con los ojos de sólo uno: esta forma de andar, con un gafa, -

es, en efecto, la que cuadra a los ciegos.  
 Creonte. ¿Qué hay de nuevo, anciano Tiresias?  
 Tiresias. Ya te lo explicaré, y cree lo que te -- diga el adivino.

Creonte. Nunca me aparté de tu consejo, hasta -- hoy al menos.

Tiresias. Por ello rectamente has dirigido la -- nave del estado.

Creonte. Mi experiencia puede atestiguar que tu ayuda me ha sido provechosa.

Tiresias. Pues bien, piensa ahora que has llega- do a un momento crucial de tu destino.

Creonte. ¿Qué pasa? Tus palabras me hacen tem- blar.

Tiresias. Lo sabrás, al oír las señales que sé -- por mi arte; estaba yo sentado en el lugar en donde, desde antiguo, inspecciono las aves, -- lugar de reunión de toda clase de pájaros, y -- he aquí que oigo un hasta entonces nunca oído rumor de aves: frenéticos, crueles gritos inin- teligibles. Me di cuenta que unos a otros, -- garras homicidas, se herían: esto fue lo que -- deduje de sus estrepitosas alas; al punto, ame- drentado, tanteé con una víctima en las encen- didas aras, pero Hefesto no elevaba la llama; al contrario, la grasa de los muslos caía gota a gota sobre la ceniza y se consumía, humeante



y crujiente; las hieles esparcían por el aire su hedor; los muslos se quemaron, se derritió la grasa que los cubre. Todo esto -presagios negados, de ritos que no ofrecen señales- lo supe por este muchacho: él es mi gufa, como yo lo soy de otros. Pues bien, es el caso que la ciudad está enferma de estos males por tu voluntad, porque nuestras aras y nuestros hogares están llenos, todos, de la comida que pájaros y perros han hallado en el desgraciado hijo de Edipo caído en el combate. Y los dioses ya no aceptan las súplicas que acompañan al sacrificio y los muslos no llamean. Ni un pájaro ya deja ir una sola señal al gritar estrepitoso, saciados como están en sangre y grosura humana.

Recapacita, pues, en todo eso, hijo. Cosa común es, sí, equivocarse, entre los hombres, pero, cuando uno yerra, el que no es imprudente ni infeliz, caído en el mal, no se está quieto e intenta levantarse; el orgullo un castigo -- comporta, la necesidad. Cede, pues, al muerto, no te ensañes en quien tuvo ya su fin: ¿qué -- clase de proeza es rematar a un muerto? Pensando en tu bien te digo que cosa dulce es aprender de quien bien te aconseja en tu provecho.

Creonte. Todos, anciano, como arqueros que bus--

can el blanco, buscáis con vuestras flechas a este hombre (se señala a sí mismo); ni vosotros, los adivinos, dejáis de atacarme con vuestra arte: hace ya tiempo que los de tu familia me vendisteis como una mercancía. Allá con vuestras riquezas: comprad todo el oro -- blanco de Sardes y el oro de la India. Pero a él no lo veréis enterrado ni si las águilas de Zeus quieren su pasto hacerle y lo arrebatan -- hasta el trono de Zeus; ni así os permitiré -- enterrarlo, que esta profanación no me da miedo; no, que bien sé yo que ningún hombre puede manchar a los dioses. En cuanto a ti, anciano Tiresias, hasta los más hábiles hombres caen, e ignominiosa es su caída cuando en bello ropaje ocultan infames palabras para servir a su avaricia.

Tiresias. Ay, ¿hay algún hombre que sepa, que -- pueda decir...

Creonte. ¿Qué? ¿Con qué máxima, de todas sabida, vendrás ahora?

Tiresias. ...en qué medida la mayor riqueza es -- tener juicio?

Creonte. En la medida justa, me parece, en que -- el mal mayor es no tenerlo.

Tiresias. Y, sin embargo, tú naciste de esta enfermedad cabal enfermo.



Creonte. No quiero responder con injurias al adivino.

Tiresias. Con ellas me respondes cuando dices -- que lo que vaticino yo no es cierto.

Creonte. Sucede que la familia toda de los adivinos es muy amante del dinero.

Tiresias. Y que gusta la de los tiranos de riquezas mal ganadas.

Creonte. ¿Te das cuenta de que lo que dices lo dices a tus jefes?

Tiresias. Sí, me doy cuenta, porque si mantienes a salvo la ciudad, a mí lo debes.

Creonte. Tú eres un sagaz agorero, pero te gusta la injusticia.

Tiresias. Me obligarás a decir lo que ni el pensamiento debe mover.

Creonte. Pues muévelo, con tal de que no hables por mor de tu interés.

Tiresias. Por la parte que te toca, creo que así será.

Creonte. Bien, pero has de saber que mis decisiones no pueden comprarse.

Tiresias. Bien está, pero sepas tú, a tu vez, -- que no vas a dar muchas vueltas, émulo del sol, sin que, de tus propias entrañas, des un muerto, en compensación por los muertos que tú has enviado allí abajo, desde aquí arriba, y por -

la vida que indecorosamente has encerrado en una tumba, mientras tienes aquí a un muerto -- que es de los dioses subterráneos, y al que -- privas de su derecho, de ofrendas y de piadosos ritos. Nada de esto es de tu incumbencia, ni de la de los celestes dioses; esto es violencia que tú les haces. Por ello, destructoras, vengativas, te acechan ya las divinas, -- mortíferas Erinis, para cogerte en tus propios crímenes. Y ve reflexionando, a ver si hablo por dinero, que, dentro no de mucho tiempo, se oirán en tu casa gemidos de hombres y de mujeres, y se agitarán de enemistad las ciudades -- todas los despojos de cuyos caudillos hayan -- llegado a ellas -- impuro hedor -- llevadas por perros o por fieras o por alguna alada ave que -- los hubiera devorado. Porque me has azuzado, he aquí los dardos que te mando, arquero, seguros contra tu corazón; no podrás, no, eludir -- el ardiente dolor que han de causarte.

(Al muchacho que le sirve de gufa.) Llévame a casa, hijo, que desahogue éste su cólera contra gente más joven y que aprenda a alimentar su lengua con más calma y a pensar mejor de lo que ahora piensa.

Sale Tiresias con el lazarillo.



Corifeo. Se ha tdo, señor, dejándonos terribles vaticinios. Y sabemos -desde que estos cabellos, negros antes, se vuelven ya blancos- que nunca ha predicho a la ciudad nada que no fuera cierto.

Creonte. También yo lo sé y tiembla mi espíritu; porque es terrible, sí, ceder, pero también lo es resistir en un furor que acabe chocando con un castigo enviado por los dioses.

Corifeo. Conviene que reflexiones con tiento, -- hijo de Meneceo.

Creonte. ¿Qué he de hacer? Habla, que estoy dispuesto a obedecerte.

Corifeo. Venga, pues: saca a Antígona de su subterránea morada, y al muerto que yace abandonado levántale una tumba.

Creonte. ¿Esto me aconsejas? ¿Debo, pues, ceder, según tú?

Corifeo. Sí, y lo antes posible, señor. A los que perseveran en errados pensamientos les cortan el camino los daños que, veloces, mandan los dioses.

Creonte. Ay de mí: a duras penas pero cambio de idea sobre lo que he de hacer; no hay forma de luchar contra lo que es forzoso.

Corifeo. Ve, pues, y hazlo; no confies en otros.

Creonte. Me voy, sí, así mismo, de inmediato. Va,

venga, siervos, los que estáis aquí y los que no estáis, rápido, proveeros de palas y subid a aquel lugar que se ve allí arriba. En cuanto a mí, pues así he cambiado de opinión, lo que yo mismo até, quiero yo al presente desatar, porque me temo que lo mejor no sea pasar toda la vida en la observancia de las leyes -- instituidas.

Coro. Dios de múltiples advocaciones, orgullo de tu esposa cadmea, hijo de Zeus de profundo tronar, tú que circundas de viñedos Italia y reinas en la falda, común a todos, de Deo en Eleusis, oh tú, Baco, que habitas la ciudad madre de las bacantes, Tebas, junto a las húmedas -- corrientes del Ismeno y sobre la siembra del feroz dragón.<sup>27</sup>

A ti te ha visto el humo, radiante como el relámpago, sobre la bicúspide peña, allí donde van y vienen las ninfas coricias, tus bacantes, y te ha visto la fuente de Castalia. Te envían las lomas frondosas de hiedra y las cumbres abundantemente orilladas de viñedos de -- los montes de Nisa, cuando visitas las calles -- de Tebas,<sup>28</sup> la ciudad que, entre todas, tú honras como suprema, tú y Semele, tu madre herida por el rayo. Y ahora que la ciudad entera -- está poseída por violento mal, acude, atrave-